

El proyecto neoconservador y la democracia	Título
Lechner, Norbert - Autor/a;	Autor(es)
En: Crítica & Utopía. Latinoamericana de Ciencias Sociales no. 6. (marzo 1982). Buenos Aires : CLACSO, 1982.	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
1982	Fecha
	Colección
Liberalismo; Política; Neoconservadurismo; Democracia; Soberanía popular; Chile;	Temas
Artículo	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20160212051148/LECHNER.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



EL PROYECTO NEOCONSERVADOR Y LA DEMOCRACIA^A

Por **Norbert Lechner**^b

*Desde el comienzo existió una
enemistad mortal entre el liberalismo
auténtico y la auténtica democracia.*

Gerhard Ritter

RESUMEN INTRODUCTORIO

Para reflexionar teóricamente sobre el actual trastocamiento de la sociedad chilena parece conveniente tomar como punto de referencia la noción de democracia. Por un lado, ella cristaliza mejor que ninguna otra la memoria del desarrollo histórico de Chile. Por otro, el mismo orden autoritario es invocado por el régimen militar como "democracia limitada" o "democracia protegida". Finalmente, es en la perspectiva común de un orden democrático que se reconoce la oposición.

La ambigüedad de la noción exige un replanteo teórico, no tanto por purismo académico como por la necesidad práctica de delimitar los objetivos sociales en pugna. Al repensar la democracia hemos de hacernos cargo de la ofensiva neoconservadora. En la medida en que se institucionaliza el nuevo autoritarismo, el pensamiento neoconservador aparece como la concepción más elaborada para guiar la interpretación y las estrategias de los grupos dominantes.

Este análisis no trata los grupos sociales que se reconocen en este proyecto ni las estrategias concretas para llevarlo a cabo. La falta de referencia empírica a la realidad chilena se justifica por el propósito del trabajo: estudiar la posición neoconservadora frente a la democracia. Dado el rechazo explícito a la historia nacional de las últimas décadas y su identificación con un movimiento internacional, enfatizo el enfoque general del proyecto neoconservador al margen de su viabilidad en las condiciones específicas de Chile.

He privilegiado la reconstrucción de la *tradición histórica* del proyecto neoconservador por dos razones. En primer lugar, no se trata de una oposición dentro del sistema a gobiernos anteriores sino de una contrarrevolución que invierte un secular proceso de democratización. Los neoconservadores se auto-interpretan como reacción a "la amenaza a la libertad burguesa por la democracia roja".¹ Reacción contra los principios de la soberanía popular y la representación parlamentaria; reacción contra toda voluntad de emancipación social. Sólo comprendiendo esa enemistad histórica se entiende la radicalidad del actual desmontaje del denominado "Estado de compromiso" (con su organización de los intereses en partidos y la intervención económica de Estado responsable del bienestar de todos).

La segunda ventaja de una reconstrucción histórica de la posición neoconservadora es hacer ver algunos antecedentes de las actuales dificultades de la izquierda y, en particular, de las corrientes marxistas para elaborar una respuesta democrática. Dejando este análisis para un próximo trabajo, cabe insinuar desde ya ciertos tópicos a repensar en una opción democrática.

El movimiento socialista comparte con el liberalismo cierto menosprecio por la política, que entra en contradicción con la tradición jacobina de las luchas populares. Al ideal de la comunidad basada en una cooperación social inmediata, se contraponen la práctica de la organización, "racionalizando" la integración social en una dirección jerárquica. Esta tradición debilita la reflexión acerca de *qué significa hacer política* cuando una dictadura "prohíbe hacer política".

La ofensiva neoconservadora vislumbra -quizás mejor que la propia izquierda- la vinculación entre democracia y socialismo. Pinochet, inaugurando el 11 de marzo de 1981 su "período constitucional", relaciona a su manera, pero correctamente, la voluntad colectiva, la reproducción material de la sociedad y una ética de responsabilidad social.

"¡El gobierno no acepta presiones de nadie! Los años de demagogia favorecieron al estatismo socializante, cuyas concepciones doctrinarias provenían de una profunda desconfianza frente al ejercicio práctico de la libertad personal y de la consiguiente creencia en la supuesta necesidad de someter la acción económica y social de los individuos a toda suerte de controles y regulaciones estatales que, lejos de disminuir, iban aumentando inexorablemente y desmesuradamente. Fueron esas décadas de demagogia y estatismo socialista lo que erosionó nuestra vida política, económica y social y preparó la embestida del marxismo para intentar directamente

^b Profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Programa Santiago.

transformar a Chile en un país comunista."

El ataque contra la demagogia, el estatismo y el marxismo apunta a la política misma. El objetivo neoconservador es, según un título de Friedrich Hayek, *La contención del poder y el derrocamiento de la política*. La voluntad de los hombres de decidir sobre sus condiciones materiales de vida y de asumir colectivamente la responsabilidad por la vida de todos es combatida en tanto socialismo. En palabras de Hayek: "...una vez que le demos licencia a los políticos para interferir en el orden espontáneo del mercado para beneficiar a grupos particulares, ellos no pueden negarle tales concesiones a ningún grupo del cual dependa su respaldo. Así, ellos inician ese proceso acumulativo que lleva, por necesidades internas, si no a lo que los socialistas imaginan, sí a una dominación siempre creciente de los políticos sobre el proceso económico".²

De la decisión colectiva y consciente sobre el proceso de reproducción material de la sociedad, de eso tratan la democracia y el socialismo. Hayek y sus discípulos chilenos, al contrario, abogan por la subordinación de todas las relaciones sociales a las "leyes del mercado", universo totalitario al cual nadie debería sustraerse. Es la utopía de una racionalidad formal como ley absoluta, eliminando todo conflicto entre postulados materiales contrapuestos, o sea aboliendo la política. Tal enfoque no percibe que todo cálculo formal está ligado a determinadas condiciones materiales. Por consiguiente, el problema es justamente aquella decisión política sobre el proceso económico. Esa creación deliberada del desarrollo de la sociedad sería el objeto de una teoría de la democracia.

1. EL DISCURSO NEO-CONSERVADOR

Presentaré el discurso neoconservador a través de un texto de Arturo Fontaine, director del periódico *El Mercurio*, real "intelectual orgánico" de la derecha chilena. El hecho de que *Más allá del Leviatán*³ no tenga originalidad intelectual alguna (del mismo modo que la política gubernamental no recoge ninguna especificidad nacional) ofrece la ventaja de mostrar sin sofisticaciones los principios generales del proyecto neoconservador.

El *diagnóstico* de nuestra época verifica dos despotismos, el comunista y el democrático: "Frente al agresivo despotismo comunista se opone las más de las veces -para desengaños de muchos hombres libres- un verdadero despotismo democrático, de apariencias benévolas, pero sometido al rigor de las mayorías y más afanado por la igualdad que por la libertad".⁴

La crítica se dirige contra toda la evolución social que surge de la Revolución de 1789. Denunciando una corriente de pensamiento que desde Rousseau y Marx se prolonga a través de Mill, Kelsen y Keynes hasta nuestros días, los neoconservadores rechazan:

- "la convicción de que la sociedad es más una realidad mecánica y racional que una herencia histórica;
- la aceptación dogmática del imperio de las mayorías, aún más allá de los dictados de la razón y de la historia;
- la búsqueda de la igualdad hasta con sacrificios de la libertad;
- los obstáculos al ejercicio de la propiedad y de la libre iniciativa;
- la procura del bienestar social mediante el intervencionismo y la planificación estatales (...).⁵

El *pronóstico* para Occidente es sombrío. Mirando el futuro, Fontaine recuerda a Tocqueville: "veo una muchedumbre de hombres semejantes e iguales que giran sin reposo en torno a sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres que les llenan el alma".⁶

El peligro totalitario estaría acechando por el lado de la omnipotencia democrática pero también amenazaría por el lado del igualitarismo y del Estado Benefactor. Así "el mito de la soberanía popular absoluta y el reforzamiento de las tendencias intervencionistas ponen en grave riesgo la libertad individual, cercenan la moneda y la propiedad, debilitan la autoridad moral de la ley, facilitan el crecimiento de monopolios del capital y del trabajo y permiten la entronización de auténticos regímenes totalitarios que utilizan con fraude los principios de democracia y libertad".⁷ Y, "en nombre de la igualdad, no pocos demócratas sinceros consienten en otorgar al estado facultades ilimitadas, encargándole la redistribución de la riqueza a través de los impuestos y de los gastos sociales, permitiéndole que restrinja la libertad económica por medio de la legislación y a través de la tolerancia frente a la coacción sindical, y autorizando que se convierta en capitalista al explotar actividades económicas que se consideran socialmente útiles. En nombre de la igualdad restringen la libertad".⁸

Como opción frente a las "tendencias igualitarias y el poderío de las masas", Fontaine postula el principio de la libertad individual concebida como ausencia de coacción arbitraria ajena. Su noción de libertad negativa alude a "la libertad de que dispone cada individuo para emprender, producir, inventar, adquirir o desprenderse, emplear su tiempo, programar la propia vida, siguiendo su interés o su espíritu de generosidad, modelando su existencia por patrones originales o imitados, aceptando un camino de mediocridad o de grandeza".⁹

Para una visión histórica en la cual "el hombre viene luchando por su libertad hace, por lo menos, quinientos años"¹⁰, identificando así la aspiración a la libertad con el desarrollo del capitalismo, la *terapia* es obvia.

"El mercado es el procedimiento objetivo de ajuste entre los deseos, que son libres, y los bienes, que son limitados".¹¹

No el procedimiento democrático sino el mercado garantiza un buen gobierno.

"El mercado se mueve gracias a las preferencias libres de los sujetos y carece por tanto de coacción. Es, además impersonal, porque se rige por reglas no discriminatorias que amparan el interés común de todos los que en él operan".¹²

En tanto que la intervención estatal, pretextando el desarrollo, el bienestar social o la justicia o la igualdad, sofoca a la libertad individual, el mercado la realiza. El mercado es el medio adecuado para lograr la libertad deseada. Para que el mercado funcione plenamente ("que los ciudadanos sean dueños de sus propias decisiones") hay que eliminar toda intervención que lo distorsione ("mero arbitrio de la autoridad gubernativa"). Se trata de mercantilizar toda relación social.

Si el "segundo Leviatán", el de la soberanía popular ilimitada, es el gran enemigo de la libertad, entonces el problema es controlar al gobierno representativo. Fontaine se hace aquí eco de la preocupación de Huntington y la nueva derecha norteamericana por la "governabilidad de la democracia".¹³ Para limitar la democracia los neoconservadores echan mano a una "economía política" que "tiende a demostrar que los comportamientos humanos tomados en conjunto admiten una racionalidad esencial, un cierto orden preestablecido, que no está lejos de la 'mano invisible' que divisaba en el siglo XVIII Adam Smith".¹⁴ "Ello equivale a decir que grandes decisiones públicas y complejas acciones del Estado, de las agrupaciones o de las empresas, responden aproximadamente a los mismos principios que rigen el mercado".¹⁵

La extensión del análisis económico a todo problema de asignación de recursos y de elección, en el cuadro de una situación de escasez, ayudaría a aumentar el repertorio de dificultades que pueden ser resueltas técnicamente, con arreglo a principios objetivos. Las "soluciones técnicas según principios objetivos" son invocadas por los neoconservadores para eliminar las decisiones colectivas. No habría necesidad de política. Basta un gobierno mínimo.

"La organización económica del mercado no pretende eliminar la presencia del gobierno. Este último es la autoridad que fija las reglas y que es árbitro en la interpretación y cumplimiento de las mismas. Lo que el mercado hace es reducir el margen de problemas que, si no existiera, deberían ser resueltos por la autoridad política. Por consiguiente, no elimina pero disminuye la necesidad de la intervención gubernativa. Un rasgo de la decisión política es que ella exige sometimiento. El mercado no.

(...) En este sentido, el mercado es más democrático que cualquier régimen político".¹⁶

La política queda reducida a una "autoridad vigorosa que crea el ordenamiento objetivo".¹⁷ Se visualiza ahora mejor el principio de libertad negativa que los neoconservadores oponen al Leviatán. Se trata de una libertad económico-privada que no habría que confundir con la participación de los ciudadanos en la elección del gobierno, en el proceso legislativo y en el control de la administración de su país. Tal "libertad política" sería secundaria. Como dice el maestro Hayek, "un pueblo libre no es necesariamente un pueblo de hombres libres", "nadie necesita participar de dicha libertad colectiva para ser libre como individuo".¹⁸ Por ende, desde el punto de vista de los hombres libres, los menores de edad sin derecho a voto o los extranjeros residentes disfrutarían, según Fontaine, de plena libertad. Dicho con grandilocuencia: "La libertad, como espontaneidad y ausencia de coacción, no significa, pues, ni poder ni riqueza ni bienestar ni ausencia de mal o de injusticia. Podemos ser libres y continuar siendo desgraciados. La libertad no impide morir de hambre ni incurrir en dolorosas equivocaciones ni correr riesgos mortales. Consiste simplemente en la posibilidad de decidir sin presión ajena, cualquiera que sea el costo que envuelva el ejercicio de tan noble como peligrosa facultad".¹⁹

El discurso neoconservador revela una concepción autoritaria de la sociedad. Contra la responsabilidad social de un igualitarismo afeminado se proclama en tono nietzscheano la grandeza patética del más fuerte: un orden *macho*. Muriéndose de hambre, incurriendo en dolorosas equivocaciones, corriendo riesgos mortales se va forjando el hombre libre. A través del dolor y la muerte Occidente (el capitalismo) purga su decadencia y revitaliza su superioridad. Es la misma filosofía catastrofista que sospecha Galbraith tras el "modelo" de Friedman. "Nada es tan bueno para un sistema económico como sufrir. Las administraciones débiles son entresacadas; los negocios débiles son marginados; el desempleo enseña a la gente el valor del trabajo. Los fuertes son hechos más fuertes por el sufrimiento".²⁰

Tal catastrofismo es inmune a las críticas. Peor están las cosas y por más tiempo, tanto mejor. El bien proviene del dolor, la vida surge de la muerte. La democracia con sus consignas de justicia e igualdad promete la vida, pero trae la muerte. "En nombre de la igualdad restringen la libertad. Pero, al hacerlo, ciegan la fuente de vitalidad económica de la sociedad y generan pobreza e injusticia".²¹

Por lo tanto, habría que matar esas falsas promesas de vida: matar la democracia que engaña al pueblo. El proyecto neoconservador trae muerte, pero sería la verdadera vida. Es matando que se vive: unos viven por matar a otros. El discurso neoconservador condensa así la quintaesencia del capitalismo.

2. EL LIBERALISMO CLÁSICO Y EL MIEDO A LAS MASAS

El fundamento liberal del actual proyecto neoconservador puede ser resumido en tres puntos.

1) La autonomía individual: lo que hace humano a un hombre es ser libre de la dependencia de los demás. Concibiendo la naturaleza humana como de necesidades ilimitadas, la libertad consiste en satisfacerlas (acumulando riqueza) sin otras restricciones que las contraídas voluntariamente. La libertad es una libertad del individuo. Es una libertad negativa: la ausencia de coacción externa.

2) El mercado como integración: los individuos particulares se vinculan entre sí a través de relaciones mercantiles; la sociedad es el conjunto de intercambios. En tal asociación entre propietarios privados el interés general es realizado por el mercado. La "mano invisible" del mercado asegura que cada cual persiguiendo su interés particular contribuya al bien común de todos.

3) La autoridad impersonal: si la libertad individual se realiza en la acumulación de riqueza y si el mercado realiza la integración de los individuos autónomos, entonces la política no puede ser sino coacción y el Estado sólo un artificio contractual para garantizar la propiedad privada. Siendo indispensable una autoridad que defienda el orden establecido, hay que controlarla para que la coerción no sea arbitraria.

El mero "estado-vigilante" nunca existió, pero indica las aspiraciones liberales revitalizadas hoy. La utopía liberal es una sociedad autorregulada —el mercado regulando la escasez— que vuelva superfluo al Estado y a la política. Para ilustrar la nueva concepción introducida por el liberalismo basta contrastarla con el pensamiento griego. Para éste, la libertad de las necesidades y las desigualdades económicas era el supuesto para la política concebida como el ejercicio de la libertad y la igualdad. La reproducción material es (lógicamente) previa a la actividad propiamente humana que es la política. Según la filosofía liberal, en cambio, es la libertad de la coerción política el supuesto para realizar la libertad e igualdad en el mercado. Invirtiendo la distinción griega, la burguesía hace de las necesidades particulares un asunto público y somete la política a la existencia de una desigualdad económica.²²

Para el liberalismo, la política significa primordialmente controlar un gobierno siempre sospechoso de ser un poder coercitivo y arbitrario. Pero los mecanismos jurídico-constitucionales solamente adquieren fuerza real trasladando la autoridad a la sociedad. No se trata tanto de transformar la autoridad *política* (soberanía monárquica por soberanía popular) sino de reemplazarla por la sociedad. Al suponer que la comunidad no es una actividad (política) sino un orden intrínseco de las relaciones sociales, los liberales proponen desplazar las decisiones políticas por normas sociales. Pero la sociedad burguesa no es un orden estable ni el mercado capitalista una asociación armoniosa.

"Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas".²³

No hay descripción mejor de esa gran transformación económica, social y cultural, cuya cristalización es la aparición de las masas. El miedo a las masas que imprime al liberalismo su rumbo conservador sigue siendo la obsesión del pensamiento neoconservador.

El horror a las "masas espiritual y socialmente uniformes" (Ritter) proviene inicialmente de una visión aristocrática. Las masas como amenaza de un orden natural, donde inteligencia y lucidez siempre son atributo sólo de pocos y, por consiguiente, donde sólo a esta minoría correspondería gobernar. En cambio, "las masas se inclinan siempre hacia quienes tienen éxito y sobre todo hacia aquel que sabe imponerse en virtud de acciones llamativas. (...) Para el agitador y demagogo se abren posibilidades ilimitadas de adular el natural apetito de poder de las masas".²⁴

¿Qué forma de estado, pregunta Gerhard Ritter, halaga más el apetito de poder de los humildes que la soberanía directa del pueblo? Bien visto, el proyecto neoconservador aún es una reacción al 1789 en tanto nacimiento de la soberanía popular y del Estado democrático. Más que oposición a determinado gobierno (Allende) se trata del rechazo a toda la historia política republicana.

"Los rasgos fundamentales de la vida estatal creados por la revolución no podrían ser ya nunca eliminados. Entre ellos el centralismo y el igualitarismo de una administración que pasa por encima de todas las diferencias históricas y no reconoce ningún espíritu particular de las provincias o corporaciones; la acentuada nivelación de las

propiedades y de los rasgos sociales, que hacían del *citoyen* moyen, del ciudadano pequeño y medio, la figura dominante del escenario político; el sufragio universal que moviliza a las masas y no reconoce ninguna especial vocación de mando a ninguna casta de notables; ante todo y sobre todo, la idea del pueblo soberano como una masa fundamentalmente unificada e inarticulada".²⁵

Como un texto de antología, este párrafo resume los temas neoconservadores: el poder centralista, la nivelación social, la masificación espiritual, la democratización, todo ello fruto de la soberanía popular. El "Estado democrático y popular" es para conservadores como Ritter "el más ilimitado de los déspotas". El monarca absoluto estaba limitado por el viejo derecho escrito y una venerable tradición. Ahora, en la democracia, la autoridad no es personal, pero tampoco se halla sujeta a límites sacrosantos.

"Contra la voluntad popular no cabe apelación alguna. Es prácticamente infalible, pues el pueblo es soberano, no tiene por encima de sí ningún juez y no está obligado a responder a nadie. Su libertad es ilimitada. (...) En el fondo sólo hay libertad para obrar en la dirección de la voluntad general. Y como esta "voluntad común" no se presenta nunca por sí misma, sino que ha de ser creada, sólo hay libertad para el pequeño grupo de activistas que tiene en sus manos los instrumentos de la opinión pública".²⁶

La democracia promete la libertad a través de la igualdad, pero ésta sólo produce una masa manipulable a merced de activistas. Ahora bien, las masas son un fenómeno inevitable de la sociedad moderna. El problema de un reordenamiento capitalista es la "cuestión social": "esto es, el peso pesado de esa masa humana uniformemente gris que el remolino de los lugares de trabajo industrial concentra en las ciudades y a las cuales el sufragio universal concede tal predominio político en los países industriales".²⁷

Las luchas de las masas han obligado a una progresiva ampliación del ámbito político, que habría destruido las bases económicas y los fundamentos morales de la libertad (burguesa). Por un lado, la democratización exige un desarrollo de los servicios públicos de salud, vivienda, educación, seguridad social que puede ser financiado solamente "mediante una expropiación fiscal sumamente radical de las clases superiores, es decir, mediante la nivelación social".²⁸ Por otro lado, al asfixiar la libertad económica, la previsión estatal provoca un debilitamiento de las energías morales. Cuando la libertad no es entendida como derecho a la responsabilidad personal, "amenaza siempre el caos y tras el caos de nuevo la tiranía. La democracia de masas le allana el camino en la medida en que quita al individuo su propia responsabilidad y permite que su voluntad se sumerja en la 'voluntad general' de la masa. (...) Quien quiera impedir la tiranía tiene que educar a los hombres en la responsabilidad personal. Tiene que intentar desmasificar a las masas estructurándolas en grupos con responsabilidad propia".²⁹

Al interés político inicial de controlar al *gobierno* se sobrepone ahora uno más urgente: *controlar a las masas*. Siendo la democracia el "principio" de las masas hay que abolir la soberanía popular y la voluntad general. Según la nueva Constitución chilena, la soberanía ya no reside en el pueblo sino en la nación. Pero no basta tal control "constitucionalista" (a la vez, insuficiente y peligroso por la larga socialización democrática). Para desactivar las demandas populares hay que desplazar la decisión final de la instancia política a una instancia social.

"La cuestión central, desde el punto de vista de la idea liberal de libertad es la siguiente: ¿volveremos alguna vez (y cuándo) a vivir en una sociedad que tenga como fundamento el principio de la competencia entre fuerzas que se acicatean recíprocamente en lugar de estar fundada sobre la nivelación, la imposición, el dirigismo, la regulación y los reglamentos, una sociedad en la que, al menos en principio, importe más el despertar la iniciativa personal que el facilitar la lucha por la vida a los más débiles mediante la previsión estatal?"³⁰

La respuesta implícita es evidente: restaurar el mercado. El mercado es, según los neoconservadores, la autoridad social en última instancia. El mercado controla socialmente a las masas restableciendo la responsabilidad individual (o sea, diferenciando y atomizando la masa uniforme). Y desarticulando "la lucha por la vida de los más débiles mediante la previsión estatal", la *desmasificación* permite la *desestatización*. Es decir, controlar económicamente al gobierno.

3. EN BÚSQUEDA DE LA COMUNIDAD

El retorno de los neoconservadores a los dogmas liberales no debe hacer olvidar una discontinuidad. En realidad, el nuevo conservadorismo deposita una confianza en la capacidad integradora del mercado que ya el liberalismo clásico estaba perdiendo y que los conservadores posteriores no compartieron.

Sheldon Wolin destaca en su excelente obra³¹ los tempranos signos de un "pesimismo" liberal. Incluso Adam Smith desconfía de la capacidad autorreguladora del mercado. Motivado por el interés propio y dominado por la pasión, el individuo no decide necesariamente de acuerdo con una norma impersonal y racional ¿Cómo compatibilizar el rechazo liberal a una autoridad personalizada y asegurar la validez de una norma común? El remedio parecía ser la transformación de la autoridad política en normas sociales y otorgarles a éstas el carácter obligatorio de juicio moral. La socialización de la responsabilidad moral individual significa reemplazar la

conciencia individual por una conciencia social; esto es, vincular la libertad individual a la conformidad social. El conformismo exige no sólo una adaptación del individuo a las reglas comunes de conducta sino su internalización. La sociedad representa la ley de cuya gestión todos participan y en la cual todos se someten. No habría coacción externa, pues a través de la opinión pública cada cual se autocontrola. El miedo a las sanciones morales por cualquier espontaneidad discrepante, sin embargo, transforma el espacio público en una amenaza a la identidad individual. Tiene lugar el "declive" del hombre público, señalado por Sennett.³² Desgarrado entre la subjetividad individual y el conformismo social, el individuo se repliega a la seguridad de las relaciones primarias (familia). Busca en la intimidad narcisista las certezas que ya no le pueden brindar unas normas sociales percibidas como ficticias.

El problema subyacente es la "cuestión social", pero ya no como amenaza a un "buen orden" constituido sino como desintegración de la sociedad misma. La sociedad burguesa-industrial con relaciones sociales cada vez más formalizadas ya no parece capaz de generar la solidaridad que unificaba a la sociedad tradicional. La modernización capitalista polariza la tensión entre atomización e interdependencia social al punto de estallar revolucionariamente. La gobernabilidad de las masas es abordada como el problema de su integración social. Comienza la angustiante búsqueda de la comunidad perdida.

Dos obras tematizan la nueva preocupación: *Comunidad y Sociedad* de Tonnies (1887) y *La División del Trabajo Social* de Durkheim (1893). Desde entonces, la desintegración y la cohesión de la sociedad se transforman en eje de la sociología moderna. Por un lado, la literatura sobre la sociedad-masa³³ y, por otro, los análisis de los elementos constitutivos de un orden.³⁴ Cabe recordar aquí —a través de Durkheim— la tradición conservadora, a la cual a la vez aprovecha y se opone al proyecto neoconservador.

El análisis que hace Durkheim de la "anomia", en tanto pérdida social de un sentido de orientación normativa, recoge dos ideas conservadoras. En primer lugar, la necesidad de límites y divisiones que estructuren la vida social. La sobrevivencia de la sociedad exigirá restricciones a la libertad individual. Se abandona el ideal liberal de una progresiva disminución de las coerciones sociales como aún lo vislumbra Herbert Spencer.

"Considero que, en la forma de sociedad hacia la cual avanzarnos, el gobierno será reducido a la menor magnitud posible, y la libertad aumentada a la mayor magnitud posible; en ella, la disciplina social habrá moldeado a tal punto la naturaleza humana, adecuándola al estado social, que requerirá poca restricción externa, ya que se restringirá sola"³⁵

Durkheim, al contrario, lamenta la pérdida de las restricciones religiosas, familiares y morales, viéndola como causa de la situación de anomia. La crisis moderna sería el resultado de la liberación del individuo de sus vínculos grupales primitivos; sin frenos legales y ataduras morales al individualismo tiende al suicidio.

"No es verdad, entonces, que la actividad humana pueda ser liberada de toda restricción. Nada en el mundo puede gozar de tal privilegio. Toda existencia que forma parte del universo es relativa al resto; en consecuencia, su naturaleza y modo de manifestación dependen no solo de ella misma sino de otros seres, que por consiguiente los restringen y regulan.(...) El privilegio característico del hombre es que el vínculo que acepta no es físico sino moral, o sea, social."³⁶

Durkheim vincula la pérdida de restricciones sociales con el funcionamiento económico del capitalismo. Recoge así una segunda crítica conservadora: la denuncia del deseo egoísta, la ambición anárquica, el individualismo posesivo. "Las relaciones puramente económicas vuelven a los hombres exteriores entre sí".³⁷ El desencadenamiento de los intereses privados, por ser limitados, escapa a todo control, degradando la moralidad pública.

La crítica a las categorías económicas capitalistas ya estaba presente - y mejor- en la obra de Marx. A partir de la situación de "alienación" en ella se analiza como el capital derrumba todas las barreras a su desarrollo, despojando al hombre de su vida humana. Pero la demolición de los lazos sociales primarios da lugar a nuevas formas de cooperación social. Marx (en oposición a Proudhon) no comparte la rebelión reactiva del artesano contra la fábrica y la máquina. No reivindica la comunidad de antaño sino la construcción de un nuevo orden. Vislumbra un proceso de socialización que tiende a una real universalización del hombre. La presente anarquía capitalista será reemplazada por una comunidad comunista, sin distancias ni límites entre los individuos libremente asociados. En la medida en que este proyecto revolucionario 1) hace depender el pleno desarrollo de las fuerzas materiales y espirituales de la "base económica" y 2) considera la transformación revolucionaria como un corte único y definitivo, en esa medida la emancipación es despojada de un conjunto de problemáticas. Las preguntas por el orden, la subjetividad o la trascendencia ética son ignoradas por el movimiento socialista y abandonadas al análisis conservador.

El pensamiento conservador "recupera" esos temas con una ceguera similar a la que produjo su olvido por parte del movimiento socialista. El nuevo análisis sociológico adquiere un carácter conservador por su moralismo vacío, abstraído de las condiciones materiales de vida. Para resucitar la cohesión grupal en un mundo hostil se proclama una "personalidad moral por encima de las personalidades particulares". Se invoca la religión como restauración de la comunidad perdida en el mercado. El postulado liberal del "*pursuit of happiness*" es

espiritualizado, la felicidad terrenal es condenada en nombre del ascetismo.

La preocupación de Durkheim por una sociedad integrada, estructurada y ordenada, con estrechos lazos familiares y religiosos, que den al individuo la seguridad de la unión comunitaria, señala la incorporación del autoritarismo teocrático del siglo XIX al pensamiento conservador moderno. Encontramos en Maistre y Bonald una similar obsesión por el orden, fuera del cual no habría "verdad para el hombre ni salvación para la sociedad", y el mismo énfasis en una autoridad estable como requisito natural para la supervivencia de la sociedad. A diferencia de los neoconservadores, sin embargo, el autoritarismo tradicional surge de una aversión a la economía mercantil.

"El comercio -dice Bonald- ha llegado a ser la única preocupación de sus gobiernos, la única religión de su pueblo, el único tema de sus disputas. El egoísmo, los deseos facticios e inmoderados, la extrema desigualdad de la riqueza, han atacado, como un cáncer devorador, los principios conservadores de las sociedades."³⁸

El conservadorismo clásico busca defender poder y orden contra el mercado y no con el mercado. La comunión religiosa pretende compensar la desunión creada por el materialismo y el racionalismo liberal. Pero esta regeneración religiosa es solamente instrumental; la moralización de las masas debe hacerlas olvidar sus intereses materiales. La prédica del ascetismo está al servicio de la acumulación productiva. En esta perspectiva, los neoconservadores pueden recuperar la tradición conservadora. Según Ritter "el supremo destino del hombre no es el de ser feliz, sino el de realizar los mandamientos de Dios o de la razón moral. El hombre sólo es fiel a sí mismo cuando se pone al servicio de la comunidad. (...) Por supuesto, ha de tratarse de una comunidad en la que impere la libertad en lugar de la coacción mecánica y la obediencia ciega. (...) Sólo allí en donde los caracteres fuertes no son oprimidos, sino que constituyen una capa de notables sobre la que se fundamenta todo el edificio del Estado".³⁹

El "imperativo categórico" moral encuentra su complemento en el autoritarismo. El ascetismo del deber moral se cristaliza en la vocación de mando del hombre fuerte. Esta exaltación de la virtud guerrera y de la disciplina abnegada tiene indudable arraigo entre los militares latinoamericanos. El ser nacional, los valores patrios, la unidad castrense y demás uniones evocadas por las Fuerzas Armadas remiten a aquella comunidad fuertemente jerarquizada, donde la autoridad indiscutida del jefe es despersonalizada por su sujeción al deber moral e instrumentalizada en función del desarrollo económico (doctrina de la Seguridad Nacional).⁴⁰

4. LA PROBLEMÁTICA DE LA SOBERANÍA POPULAR

El avance de la sociedad capitalista en tanto sistema de necesidades particulares es diagnosticado como proceso de desintegración que conduce al caos. La economía mercantil capitalista, en lugar de conducir a una sociedad autorregulada, genera tal polarización social que obliga a replantear la pregunta por lo general.

Dada la incapacidad del mercado de operar como instancia general por medio de la cual se reconocen las voluntades particulares entre sí, el interés liberal por la libertad individual es desplazado por el tema conservador del orden. Más exacto: el orden deviene un tema conservador en la medida en que el movimiento socialista enfatiza justamente la lucha de intereses antagónicos en desmedro de una nueva concepción de lo general.

Para los conservadores, el orden equivale a una sociedad surcada en todos los niveles por estructuras de autoridad - familia, corporaciones gremiales, asociaciones locales, poderes provinciales- en fin, un rígido sistema de clases sociales, sostenido por vigorosas creencias religiosas que encauzan y disciplinan a hombres apasionados, egoístas y rebeldes.⁴¹ La sociedad es ordenada mediante relaciones de diferenciación y subordinación social. ¿Cómo legitimar tal orden jerárquico frente a las reivindicaciones igualitarias de una sociedad secularizada? Un intento de legitimación es interpretar el orden como comunidad moral o nacional.

El tema de la comunidad es tomado de Rousseau, pero despolitizándolo. La "voluntad general", que para el movimiento democrático es un postulado político, queda transformada en una "conciencia colectiva" moral o unidad nacional (ambas convergen en Durkheim). La moral y la nación serían tipos de "representación general" que cohesionan la sociedad dividida. Ofrecen normas comunes y lazos solidarios como hechos objetivos, o sea sin invocar una voluntad política.

Recurriendo al principio de comunidad (moral o nacional) los conservadores enfrentan la misma dificultad que encuentra la teoría democrática en el postulado de la soberanía popular. Ambas nociones establecen una identificación directa entre interés particular y representación general. Tal identidad armoniza la tensión entre libertad individual y autoridad social; siendo parte del todo, el individuo que obedece la ley general ejerce una coerción sobre sí mismo. Sin embargo, la identidad invoca una unidad sin distinciones. Las masas interpeladas como pueblo o nación constituirían un sujeto único y exclusivo, sin poder ser diferenciadas y disgregadas internamente. A falta de mediaciones no hay modo de absorber conflictos en el seno de la comunidad, salvo por exclusión.

La interpretación conservadora del orden *qua* comunidad queda pues sujeta a las mismas objeciones que levanta

la teoría liberal de la democracia. Las críticas pueden ser resumidas en tres puntos.

Primero: la libertad individual como principio de legitimación. Cabe señalar al respecto que toda disposición sobre uno mismo implica efectos sobre otros. Es decir, no se puede separar la autodeterminación de la disposición sobre terceros. La participación colectiva en la toma de decisiones no sólo es coerción sobre sí mismo, sino igualmente sobre los demás. En resumen, no existe identidad entre la autonomía individual y la autoridad. Este argumento ha sido usado en defensa del anarquismo.⁴² Y en términos más matizados -postulando la imposibilidad de una regla de decisión colectiva que represente fielmente las preferencias individuales (el teorema de Arrow)-desempeña un rol central en el ataque neoconservador a la democracia parlamentaria.⁴³

Segundo: la soberanía popular como realización de la autonomía individual. Para complementar la crítica anterior, cabe objetar la personalización de la soberanía. En oposición simétrica a la soberanía del monarca se proclama al pueblo como soberano, esto es, como el sujeto que detenta el poder en última instancia. El "pueblo" es individualizado como un sujeto único, descartando las diferencias y los conflictos en el "pueblo" empírico. No coincidiendo la "voluntad de todos" con la "voluntad general", ésta última sería un mito destinado a subyugar a las minorías disidentes. El rechazo al "mito de los 99!" (Ritter), o sea a la noción de "voluntad general" es otro de los argumentos del discurso neoconservador contra la democracia representativa.

Tercero: la armonía entre el principio legitimatorio (libertad individual) y la finalidad del orden (bien común). Resumiendo los puntos anteriores cabe criticar la definición formalista de "lo general". La supuesta armonía implica ignorar las desigualdades materiales entre los individuos particulares y considerar exclusivamente una generalidad abstracta. La igualdad formal permite convenir procedimientos de acuerdo común, pero sólo en tanto no afecten los intereses particulares establecidos. No obstante rechazar los anteriores postulados iusnaturalistas de la teoría democrática, el discurso neoconservador afirma una armonía preexistente: cada cual persiguiendo su interés particular sirve, inconscientemente, al interés de todos.

¿Cómo dar cuenta del orden social cuando se ha planteado al individuo como primera realidad y unidad básica? Afirmando la libertad individual desaparece la jerarquía "natural" y se hace problemático legitimar normas válidas para todos los individuos. Puesto que todos los hombres son iguales ante Dios, decía Nicolás de Cusa, toda dominación supone el consentimiento voluntario. El derecho natural racional construye tal consentimiento como "contrato social". En esa tradición, Rousseau afirma -en un giro anti-individualista- la soberanía popular. Pero tal "pueblo" en tanto comunidad es una ficción. No existe un consenso sobre algún "bien común" material. De ahí el esfuerzo por integrar a los individuos particulares mediante procedimientos generales. El "modelo" de tal *integración formal* es la organización. Ya no se trata de legitimar a la autoridad sino de organizar la dominación.

5, LA POLÍTICA COMO ORGANIZACIÓN

La organización aparece como un método susceptible de ser aprovechado para los más diversos fines. Se ofrece como un medio instrumental del cual se sirve la voluntad política acorde a sus objetivos. Tanto la soberanía popular como la comunidad moral o nacional requieren organización, o sea determinada correlación de medios y fines. Sin embargo, la organización es mucho más. Su supuesta neutralidad operativa expresa un nuevo tipo de racionalidad. Como lo dijo su mejor exponente, Max Weber, respecto a la organización burocrática: significaría la única racionalidad factible en una sociedad de masas.

"Toda nuestra vida cotidiana está tejida dentro de ese marco. Pues si la administración burocrática es en general *-caeteris paribus-* la más racional desde el punto de vista técnico-formal, hoy es, además, sencillamente inseparable de las necesidades de la administración de masas (personales o materiales)".⁴⁴

La organización delimita un espacio social dentro del cual establece la jerarquía y los canales de autoridad, especifica las funciones y tareas del individuo, asigna el campo de sus elecciones y moldea las actitudes del individuo de modo que se identifique con el conjunto.

El orden exige una diferenciación social con autoridad: la organización ofrece una estructura con funciones jerárquicas. Organización e igualdad son principios antitéticos. De ahí que la organización sea el antídoto preferido contra la "irrupción de las masas". Respecto a nuestras sociedades Huntington escribe: "En términos de conducta observable la distinción crucial entre una sociedad políticamente desarrollada y una subdesarrollada reside en el número, tamaño y efectividad de su organización. (...) Organización es el camino al poder político pero también es el fundamento de la estabilidad política y, por ende, el supuesto de la libertad política. El vacío de poder y de autoridad que existe en tantos países en modernización puede ser llenado temporariamente por un liderazgo carismático o por la fuerza militar. Pero de manera permanente solamente puede ser llenado por la organización política" (...)⁴⁵

Hace ya veinte años Sheldon Wolin señaló la progresiva identificación de lo político con la organización. Los inicios de esta perspectiva datan de Hobbes y de su concepción del orden funcionando a la manera de un reloj. La tendencia a someter las relaciones sociales a medidas fijas y, por ende, fiscalizables, y a someter el

comportamiento humano a reglas técnicas, o sea previsible, ha tenido efectos diferentes. Permite fiscalizar al gobierno y controlar a las masas. En todo caso, acercando la actividad política al mundo de la mecánica, se vuelve lugar común una concepción de sociedad como suma total de funciones, es decir, como un sistema. Socialistas y burgueses, anarquistas y conservadores comparten este enfoque. Ello no deja de tener graves consecuencias para el movimiento democrático. De hecho, "el principio de función, definido en términos de las necesidades de un orden industrial, pasó a ser el nuevo principio de legitimación"⁴⁶

La organización permite gobernar a las masas, legitimándose mediante las funciones que les ha asignado. Organizándose a las masas -diferenciándolas y relacionándolas a la vez- la estructura de poder se transforma en orden. Ya Saint Simon, su gran precursor, visualiza la organización como estructura de control.

"En adelante los hombres harán de modo consciente y con esfuerzo mejor orientado y más útil lo que hasta ahora han hecho de manera inconsciente, lenta, indecisa y con demasiada ineficacia".⁴⁷

Consciente, útil, rápido, decidido y, sobre todo, eficaz, éstos son los atributos que prestigian hasta hoy el control organizativo. El problema del poder político es obviado, prometiendo realizar el viejo sueño de dominar las fuerzas de la naturaleza.

"El deseo de mandar a los hombres se ha transformado lentamente en el deseo de hacer y rehacer la naturaleza de acuerdo con nuestra voluntad. Desde este momento, el deseo de dominar, innato en todos los hombres, ha dejado de ser pernicioso, o al menos podemos prever una época en que ya no sea perjudicial, sino que se, vuelva útil".⁴⁸

Es en esa misma perspectiva que Marx concibe la revolución social como control racional y consciente de las fuerzas ciegas de la producción mercantil capitalista. "La forma del proceso social de vida, o lo que es lo mismo, del proceso material de producción, sólo se despojará de su halo místico cuando ese proceso sea obra de hombres libremente socializados y puesta bajo su mando consciente y racional"⁴⁹

Marx no identifica el control consciente y racional con la libertad. El control concierne a la organización del "reino de la necesidad"; el pleno desarrollo de la libertad supone que "los productores asociados regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego"⁵⁰

No obstante su análisis más matizado, también Marx tiende a diluir lo político en lo organizativo. Su teoría de la revolución se apoya en la organización económica del proceso de producción, menospreciando la forma política de la emancipación del trabajo. Al enfatizar la racionalidad *objetiva* de un control consciente de la ley del valor y no problematizar el "control *común*", el futuro se presenta como simple "administración de las cosas".

Descartando la problemática política, la estructura jerárquica de la organización se impone plenamente. La organización socialista del proceso productivo se realiza a través de un control de las masas; el poder sobre las cosas termina acentuando el poder sobre los hombres. No es casual que Karl Mannheim, uno de los primeros sociólogos en tematizar la "masificación" en la sociedad moderna, sea también uno de los primeros en plantear la planificación como control social. En la aplicación de reglas técnicas a las relaciones sociales la dominación es transformada en organigrama y la racionalidad se cristaliza en una élite planificadora.

La organización no es neutral. Independientemente de los objetivos concretos que le sean asignados tiende a fomentar dos procesos. Por un lado, facilita la despolitización de la sociedad de manera que los grupos sociales ya no se constituyan en voluntades colectivas y, en cambio, sean articulados según "funciones" eficientes para la sobrevivencia de la organización. Por otro, permite la *des-socialización de la política* de modo que las decisiones de la autoridad ya no conciernen a las condiciones materiales de la vida social. La organización procura una formalización de las prácticas sociales, apoyándose en tres elementos.

1) *La organización como racionalidad*: el auge de las "ciencias naturales" a partir del siglo XVI revoluciona también el análisis social. Se propone estudiar la sociedad y el comportamiento humano como hechos objetivos y establecer reglas generales empíricamente exactas. La razón científica es invocada contra las supersticiones que usan trono y altar, pero la extensión del positivismo permite una recuperación conservadora. Al respecto, es ilustrativa una aserción de Bonald citada por Wolin ("Si las leyes son las relaciones necesarias derivadas de la naturaleza de las cosas, estas relaciones se establecen necesariamente; entonces el hombre, aunque libre, no puede retrasar su desarrollo").⁵¹

Tomando las denominadas leyes sociales por hechos objetivos, la violencia en las relaciones sociales es disuelta en la naturaleza de las cosas. La dominación -en tanto no sería sino *la force des choses*- queda sustraída a toda decisión política. La voluntad es sometida a la necesidad y debe plegarse ante las férreas leyes sociales. Desde entonces arrecia el ataque positivista contra la utopía. En nombre de la realidad (factibilidad) se ataca a los liberales por su ideal libertario y a los socialistas por su principio igualitario.

Si los fenómenos sociales son gobernados por "leyes" y si éstas son "necesarias" en el sentido de que resistirlas equivale a desequilibrar el proceso social, entonces el descubrimiento de tales leyes implica normas prescriptivas a las cuales los hombres han de adaptarse. Aunque la voluntad nada pueda contra la necesidad, se puede

aprovechar la ciencia para prevenir los males sociales. El estadista ha de apoyarse en la ciencia política, dice el chileno Valentin Letelier,⁵² para controlar *de jure* la normalidad *de facto*. El control no deja de ser coactivo, pero es una coerción objetivada. Ya no sería un gobierno de hombres sino de principios científicos, tal como lo quería Hume, y, por consiguiente, absolutamente impersonal. La objetividad de la ciencia garantiza un gobierno sin arbitrariedad.

Al decir lo que se puede hacer o no se puede hacer la ciencia implica una prescripción acerca de lo que se "debe hacer". El conocimiento científico de la realidad, el juicio de factibilidad, define los objetivos posibles. La racionalidad ya no radica en los objetivos materiales sino en la determinación formal de su posibilidad. Se trata, en la terminología de Weber, de una "racionalidad formal". El juicio técnico sobre la factibilidad de una proposición -un cálculo de medios y fines- sería un juicio de hechos, o sea, libre de valores subjetivos. En la objetividad e impersonalidad del cálculo reside su racionalidad. Una forma de cálculo racional es la organización, esto es, justamente la aplicación de reglas técnicas al comportamiento humano. De este modo la organización es investida de la racionalidad que antes se confería al individuo.

Cabe destacar esta inversión respecto al liberalismo clásico, que atribuye la razón al individuo y deduce de la razón individual la autonomía del individuo. El fenómeno de "las masas" hace renunciar al postulado liberal. No solamente para la "psicología de masas" de fines de siglo, las masas serían irracionales y sólo la organización les podría conferir un comportamiento racional. La organización es, según expresión de Mannheim, "el dominio racional de lo irracional". La irracionalidad radica en los hombres y la racionalidad en el control. Como dice Herbert Simon: "Es imposible que el comportamiento de un individuo solo y aislado alcance ningún grado alto de racionalidad. (...) El individuo racional es y debe ser un individuo organizado e institucionalizado".⁵³

2) *La organización como método*: el aura de racionalidad que rodea a la organización se apoya en la identificación de la organización con un método. Tal como el método es una forma de organizar la investigación científica así la organización sería una forma de método. El método proporciona al análisis social lo que la organización al control social. La organización, al igual que el método, tiene una lógica interna. Por consiguiente, su desarrollo corresponde a un proceso técnico, al margen de todo juicio valorativo. Tanto el método como la organización tienden a la despersonalización. Se presentan como procesos objetivos que prescinden de las preferencias subjetivas.

Ahora bien, tal definición de objetividad científica es un juicio valorativo. Sin querer abordar tan larga disputa cabe señalar que, de hecho, el interés liberal por sustituir la autoridad personal por una impersonal subyace también al criterio positivista de científicidad. Lo científico es referido únicamente a las relaciones sociales formalizadas, independientemente de la subjetividad. Tanto a las ciencias como a la convención social burguesa solamente le interesa la apariencia exterior del individuo, no su naturaleza interior. No obstante su afirmación de principio del individualismo liberal, el punto de vista burgués privilegia la sociedad, vale decir, el orden. Sólo el "hecho social", el "sistema social" es significativo. De ahí -como indica Wolin- es pequeño el paso a considerar bueno lo funcional al sistema y malo lo disfuncional. La despersonalización se revela como un juicio valorativo acerca de la "funcionalidad" de la voluntad subjetiva. Como dice un texto de capacitación para la administración pública: "La idea de que las organizaciones deben ser construidas alrededor de las idiosincrasias individuales y ajustarse a ellas, en lugar de adaptarse los individuos a las exigencias de sanos principios de organización, es tan descabellada como si se intentara proyectar un motor según los caprichos de la tía solterona y no según las leyes de la ciencia mecánica".⁵⁴

3) *La organización como procedimiento*: el auge del universo organizacional proviene de una ambigüedad. Por un lado, como vimos, se inserta en el intento de "cientificar" la política en el sentido de establecer leyes generales del comportamiento humano. La práctica social es concebida en analogía a la disposición técnica sobre cosas. Y respecto a tal práctica previsible y predecible se constituye una "ciencia política". En esta perspectiva, las prácticas sociales no son sino "material" a disposición de una "ingeniería social". Pudiendo inducir un comportamiento calculado y calculable similar a la causalidad mecánica, se puede prescindir de la voluntad y, por ende, de la dimensión moral de la política.

Por otro lado, en cambio, la organización adquiere un carácter liberador en la medida en que cuestiona la fuerza "natural" del orden establecido. ¿Qué es la política sino el esfuerzo por delimitar y hacer finito un universo social potencialmente infinito? Aún aceptando la existencia de restricciones objetivas (las "leyes sociales") es posible pensar un campo propio de la voluntad. Sería posible organizar/controlar los cambios sociales. La creciente transparencia del proceso social permite discernir alternativas en el desarrollo y elegir tareas, o sea afirmar una práctica consciente. El postulado de la soberanía popular recoge este impulso de emancipación social: la sociedad como sujeto de su propio desarrollo. Los hombres deciden libremente su futuro en la medida en que son capaces de organizar conscientemente su convivencia social.

La organización facilita las dos tendencias implícitas en la "dialéctica del iluminismo". Por una parte, la organización ofrece un procedimiento para formar voluntades colectivas. El procedimiento organizativo compensa o,

mejor dicho, esquivando la no-operacionalidad de la "soberanía popular". Sin abordar la difícil cuestión del contenido material de la voluntad general, el procedimiento organizativo permite la distinción formal entre mayoría y minoría. La organización es entonces el medio para traducir la invocación del "pueblo" en "mayoría", neutralizando la "ventaja del número pequeño" que favorece la dominación por parte de una minoría consistente. La organización hace posible expresar una voluntad mayoritaria. Lo que no provee -y en eso reside el problema- es la determinación material de tal decisión colectiva. De ahí que, por otra parte, la organización sirva de instrumento manipulativo. En lugar de organizar la decisión política según la voluntad de la mayoría se puede organizar una mayoría en apoyo a determinada decisión. La organización de las masas es transformada en un control sobre las masas.

El behaviorismo de las ciencias sociales norteamericanas tiene esa concepción de las masas como material moldeable y manipulable. Pero también la teoría leninista del partido (en tanto organización de las masas por una vanguardia consciente) define "desde afuera" los objetivos de la acción organizada. En ambos casos, sólo cuenta la eficacia de la acción en lograr determinado resultado, no la determinación colectiva de la meta de tal acción.

La atracción de la organización reside en el supuesto de que la obediencia a determinado procedimiento prescripto conduce inevitablemente al efecto deseado. El cálculo medio-fin (si X, entonces Y) permite prevenir o potenciar determinado resultado mediante el control de sus causas. El problema político ya no es el contenido material de la voluntad colectiva sino la eficiencia de la acción organizada respecto de una meta fijada de antemano. Suponiendo que el poder de disposición sobre el proceso social depende de su calculabilidad, se pretende incrementar su eficacia despersonalizando y des-subjetivando la actividad política (desproblematizando la voluntad colectiva) a fin de obtener una mayor regularidad y uniformidad de las prácticas sociales. La eficacia política es evaluada en términos de la autonomía, coherencia y rapidez de los procedimientos organizativos. De este modo, lo político ya no es la decisión sobre los objetivos sociales sino el control de los medios organizativos.

6. RACIONALIDAD FORMAL Y RACIONALIDAD MATERIAL

Este largo y pedante *racconto* me pareció conveniente (excusable) a fin de destacar la innovación del proyecto neo-conservador y entender las actuales dificultades del movimiento democrático. El ataque neoconservador se dirige justamente contra la progresiva organización burocrática de la vida social. En ruptura con la tendencia predominante desde las décadas del 20 y del 30, ya no se pretende estructurar/disciplinar la denominada "sociedad-masa" mediante la organización. Pero -y aquí reside la continuidad- tampoco se trata de "politizar" las masas en el sentido de impulsar la constitución de sujetos mediante una democratización. El objetivo es desmantelar las organizaciones para retornar al mercado en tanto "orden espontáneo".

Friedrich von Hayek, el *spiritus rector* del pensamiento neoconservador (al menos en su fundamentación filosófica) plantea una lucha entre dos principios irreconciliables: el mercado y la organización: Hayek visualiza, al igual que su colega Ritter, una "enemistad mortal" que no conoce camino intermedio. "La última batalla en contra del poder arbitrario está ante nosotros. Es la lucha contra el socialismo; la lucha para abolir todo poder coercitivo que trate de dirigir los esfuerzos individuales y distribuir deliberadamente sus resultados".⁵⁵

"Socialismo" es, según Hayek, toda aquella "ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad".⁵⁶ Esta renuncia a transformar la realidad social define su posición conservadora. El combate contra la organización no busca revitalizar la actividad política. El propósito es, al contrario, el "derrocamiento de la política". Hayek lanza este llamado subversivo porque "la política ha pasado a ser demasiado importante, demasiado costosa y nociva, absorbiendo demasiada energía mental y recursos materiales".⁵⁷

Este explícito retorno al liberalismo clásico reivindica el enfoque constitucionalista de los siglos XVII y XVIII, es decir, el intento de limitar el gobierno mediante reglas generales similares a las leyes matemáticas. Para aclarar la dirección de tal enfoque recordemos la puntualización de Royer-Collard en el siglo XIX: "La diferencia entre la soberanía del pueblo y la soberanía constituida en gobiernos libres consiste en esto: que en la primera sólo hay personas y voluntades; en la segunda, en cambio, hay sólo derechos e intereses, desapareciendo las individualidades: todo es elevado de lo particular a lo general".⁵⁸

Se reivindica una autoridad no sujeta a la voluntad colectiva, no sometida a la participación política y a demandas sociales de las masas. "Podemos impedir al gobierno servir a los intereses especiales sólo privándolo del poder de usar la coerción para hacerlo, lo que significa que podemos limitar los poderes de los intereses organizados sólo limitando los poderes del gobierno".⁵⁹

Limitar las atribuciones del parlamento —la "democracia limitada"— es solamente el medio para desorganizar a los grupos sociales. Impedir que éstos se constituyan en sujetos de su propio desarrollo, cuestionando el orden capitalista, es el objetivo final. La constitución de los sujetos era el contenido de la pregunta clásica de la democracia: ¿quién gobierna? La pregunta implicaba ya para los griegos una decisión sobre la reproducción material de la sociedad. "Limitar los poderes de los intereses organizados", o sea desmontar la llamada

"democracia de negociación", busca eliminar la decisión colectiva (conflictiva) sobre el modo de reproducción material.

Para explicitar este nuevo intento de "derrocamiento de la política" confrontemos la proposición neoconservadora con quien más lúcidamente estudió el avance de la organización burocrática: Max Weber. Este autor denomina "racional en su forma" toda acción sujeta a un cálculo de medio-fin (a diferencia de la racionalidad material orientada por postulados de valor). La racionalidad formal se expresa principalmente en el mercado y en la burocracia. La burocratización, según Weber, "en todas las partes es la sombra inseparable de la creciente democracia de masas".⁶⁰ La nivelación igualitaria fomenta la burocratización en tanto representaría la única forma de administración racional, es decir, capaz de asegurar el abastecimiento vital (la reproducción material) de las masas. "La necesidad de una administración más permanente, rigurosa, intensiva y calculable, tal como la creó el capitalismo (...) determina el carácter fatal de la burocracia como médula de toda administración de masas".⁶¹

La democratización está acompañada, en efecto, por dos procesos de organización burocrática, vinculados entre sí. Por un lado, la "cuestión social" exige una desmovilización del ámbito fabril, desplazando el conflicto a la esfera político-estatal. Tiene lugar la integración política de las masas a través de su organización burocrática: los partidos políticos. Pero no es sólo una organización "integrativa". La misma organización de las masas exige también una creciente ampliación de los servicios públicos: el Estado de bienestar. Por intermedio de la organización estatal la organización popular gana influencia sobre la organización económica. La participación política de las masas modifica sustancialmente sus condiciones materiales de vida *en la medida* en que logra desplazar la responsabilidad individual, característica del mercado, por una responsabilidad social.

El mercado, dice Weber, es absolutamente indiferente a toda suerte de postulados materiales. La racionalidad formal y material discrepan en principio en toda circunstancia, "pues la racionalidad formal del cálculo en dinero no dice en sí nada sobre la naturaleza de la distribución de los bienes naturales" (...) "Sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo la racionalidad formal sobre el modo del abastecimiento material".⁶² De ahí la presión popular sobre la burocracia estatal y la tensión entre las reivindicaciones materiales de las masas y la racionalidad formal de la burocracia.

"En particular deja insatisfechas a las masas desposeídas la 'igualdad jurídica' formal y la justicia y el gobierno 'calculables', tal como lo exigen los intereses 'burgueses'. Para tales masas, el derecho y el gobierno tienen que estar al servicio de la nivelación de las probabilidades de vida económicas y sociales enfrente de los poseedores, y solamente pueden desempeñar esta función cuando asumen un carácter no formal, es decir, un carácter sustancialmente 'ético'".⁶³

La burocracia constituye una de las organizaciones sociales de más difícil destrucción. Según W Weber, "Los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división de trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya. Esto se refiere tanto a la esfera del gobierno público como a la de la empresa privada. La vinculación del destino material de la masa al funcionamiento correcto y continuo de las organizaciones capitalistas privadas organizadas de una manera cada vez más burocrática va siendo más fuerte a medida que pasa el tiempo y la idea de la posibilidad de su eliminación es, por tanto, cada vez más utópica".⁶⁴

Las masas dependen de la burocracia para la reproducción material de su vida. Aquélla es neutral en el sentido de que trabaja para quien se apodera de ella, esto es, de los puestos de mando. La burocracia es poderosa, pero (por su característica objetividad e impersonalidad) no lucha por el poder. A diferencia del funcionario que sólo ejecuta y administra sin comprometerse personalmente, el político decide poniendo en juego su responsabilidad. El problema es: ¿quién manda al aparato burocrático? Una mayor democratización puede trabar la racionalidad formal de la organización burocrática. Sería el caso de aquellas sociedades donde el "señor" del aparato estatal es un "demagogo", o sea un político cuyo éxito depende de la voluntad de las masas. Weber reconoce en su época la tensión entre justicia material y derecho formal. Pero: "el futuro es de la burocratización".⁶⁵

Incluso el socialismo no puede subsistir sin burocracia. Todo socialismo racional, dice Weber, tendrá que aceptarla e incrementarla. "Una vez eliminado el capitalismo privado, la burocracia estatal dominaría ella sola".⁶⁶ Con la diferencia de que los hombres serían menos libres, pues toda lucha por el poder con una burocracia estatal es inútil. Es verificando el progreso incontestable de la burocratización que Max Weber retoma la preocupación liberal: "¿Cómo es posible en presencia de la prepotencia de esa tendencia hacia la burocratización salvar todavía algún resto de libertad de movimiento 'individual' en algún sentido?".⁶⁷

Weber advierte las ventajas del mercado. "Superior a la competencia de la burocracia lo es sólo la competencia de los miembros de una empresa *privada* en el terreno de la 'economía'. Esto es debido a que el conocimiento exacto de los hechos de su esfera tiene para ellos una importancia vital directamente económica".⁶⁸ Al sufrir directamente las consecuencias de un error de cálculo la empresa capitalista se vuelve más eficiente. Pero Weber

no parece identificar (como Hayek) la eficiencia de la racionalidad formal con la libertad. Vincula el ideal liberal más bien a la responsabilidad. A diferencia del administrativo, tanto el empresario privado como el político se hacen responsables de sus actos. Weber deposita su esperanza sobre el segundo en tanto expresa la tensión entre racionalidad formal y material. En este sentido Weber acepta la democratización activa de las masas en tanto mecanismo de selección de ese liderazgo político.

Sobre este trasfondo se destaca mejor la innovación del proyecto neoconservador. Weber "apuesta" a una "última instancia" política, un liderazgo que conquiste/controle a las masas y dirija la organización burocrática de la reproducción material. El proyecto neoconservador, en cambio, niega tanto la democratización como la burocratización en tanto tendencias inevitables y sitúa la "última instancia" ya no en la voluntad política sino en el mercado. Afirmando la imposibilidad de organizar/planificar el proceso económico (incluso bajo modalidades capitalistas como la monopolización) se propugna un retorno a la utopía liberal de la autorregulación del mercado (y, por ende, de la sociedad).

Veamos brevemente el contexto en que ocurre el "renacimiento de las teorías conservadoras de crisis" (Offe). La utopía liberal aflora nuevamente a raíz de los problemas que levantan los intentos de regular y compensar las fallas del mercado. El desarrollo del capitalismo está acompañado desde el siglo XIX por una creciente organización nacional-estatal de la estructura productiva (proteccionismo, legislación social). Este proceso entra hoy en crisis con la internacionalización del capital. La organización burocrática del orden nacional -el remedio en las grandes depresiones económicas anteriores- aparece ahora, ella misma, como la enfermedad. Las dificultades por compatibilizar las exigencias del orden político (pleno empleo, seguridad social, redistribución de ingresos) con los requisitos del capital privado (alta tasa de acumulación y productividad, libre disposición sobre inversiones, baja tributación) son visualizadas como responsabilidad del estado. Dado el peso que ha ido adquiriendo la intervención estatal en la economía, los problemas actuales pueden ser imputados más a una crisis del estado que a una crisis del capitalismo. A tal percepción contribuye una izquierda que, por un lado, adopta las políticas keynesianas y, por otro lado, no reflexiona esa disposición política; es decir, una izquierda sin política económica y sin teoría política. Como bien destaca Muller-Plantenberg,⁶⁹ es sobre este trasfondo histórico que el anti-estatismo neoconservador puede incluso ganar elecciones. Si la crisis actual es política y no económica, entonces es plausible la consigna de "limitar el gobierno" y "derrocar la política". Restablecer el orden ya no significa organizar la sociedad sino, al contrario, desorganizarla. Vale decir: desarticular los intereses organizados que distorsionan la autorregulación espontánea del mercado (nacional y mundial).

Donde, como en el Cono Sur, la expectativa popular de desarrollo sigue centrada en la actividad gubernamental, el proyecto neoconservador supone un *golpe* previo. El golpe militar estalla en determinada constelación política interna y sigue inicialmente una dinámica militar propia. La posibilidad de que posteriormente el régimen militar pueda ser moldeado por un proyecto neoconservador radica en una similar percepción del fracaso del estado como instancia integradora. Se constata una crisis del estado en tanto permeabilidad de la organización burocrática a los *intereses* sectoriales (postulados materiales). El conflicto sobre las metas materiales de la sociedad subjetiviza/politiza al aparato estatal. Esta falta de "impersonalidad" y "objetividad" de la autoridad es muy temida por los capitalistas, sobre todo en las sociedades (latinoamericanas) donde la escisión entre los sectores de exportación, de mercado interno y de autosustento dificulta articular una solidaridad de clase. En tales condiciones de "heterogeneidad estructural" es más necesaria y, a la vez, más precaria la mediación política.^{69bis} Especialmente precaria es la democracia en tanto elabora decisiones colectivas de contenido material aún contra intereses económicos individuales. Las estrategias democráticas de negociación y competencia no aseguran que los intereses del capital en general prevalezcan finalmente (no sólo respecto a intereses antagónicos sino incluso sobre los intereses particulares de cada capitalista individual). En otras palabras: a la distorsión de la racionalidad formal (generada por un mercado segmentado) se agrega un conflicto de nacionalidades materiales (desarrollado en y por las instituciones democráticas).

Cuanto más dramática se percibe la situación como "crisis del estado" (incapacidad de cohesionar las relaciones capitalistas de producción), más puro resurge el ideario liberal de una autorregulación social por medio del mercado. Si el estado no es capaz de organizar un desarrollo capitalista, crece la opción neoconservadora: desorganizar la regulación política e incrementar el automatismo económico. La separación de estado y sociedad, de política y economía promete al capital la posibilidad de neutralizar la racionalidad material (domesticando el conflicto político) y fortalecer la racionalidad formal (homogeneizando el mercado nacional e internacional).

No es la única opción, pero es tentadora para el capital. En efecto, el capitalismo es reacio a toda racionalidad material por las dificultades de legitimación que le presenta. Prefiere limitar "lo racional" a una racionalidad formal, específicamente al cálculo formal en dinero. Este es, indudablemente, indispensable en toda economía mercantil para equiparar trabajo global y necesidades sociales. La racionalidad formal es indispensable, pero no incompatible con un ordenamiento socialista, o sea con una determinación colectiva de las condiciones materiales dentro de las cuales funciona el cálculo formal. Por consiguiente, no basta fortalecer la racionalidad formal. Ha de ser la única y exclusiva racionalidad válida. De ahí que la ofensiva neo-conservadora sea tan

violentamente anti-política. El capital sólo puede emprender una reestructuración de la sociedad capitalista, particularmente en el Cono Sur, si logra una protección de "exteritorialidad" política para su proceso de acumulación transnacional. En esa necesidad generalizada del capital por agilizar los flujos transnacionales, desvinculándolos de las exigencias políticas nacionales, veo una de las principales razones del auge global del proyecto neoconservador.

La fundamentación histórico-filosófica que ofrece el pensamiento neoconservador a la suspensión (transitoria) y restricción (definitiva) de la democracia es muy atractiva para el capital en países de débil economía nacional como Chile. Vigoriza su inserción transnacional: 1) al liberar la "movilidad de los factores" de trabajo y capital de las trabas políticas y 2) al fomentar la articulación de las fracciones capitalistas en torno a un "interés general". No abordaré las estrategias al respecto ni los problemas y las alternativas que de ellas se derivan. Regresemos más bien a la fundamentación que ofrece Hayek para exponer su argumentación.

Hayek se opone a la "democracia de negociación"⁷⁰ en tanto significa una decisión política sobre la reproducción material de la sociedad. En lugar de someter las condiciones materiales de vida a la voluntad humana se busca "liberar" el proceso económico de toda interferencia política. La acumulación y distribución de la riqueza social habrían de seguir un curso natural y espontáneo -el mercado- sin consideración de alguna racionalidad material. Al rechazar "la monstruosa idea de que todos los beneficios materiales debieran estar determinados por los poseedores del poder político",⁷¹ o sea por los ciudadanos, Hayek niega la responsabilidad social. Toda búsqueda (conflictiva) por determinar colectivamente las condiciones de vida social es vista como arbitrariedad y coerción.

"Tomar en cuenta las desigualdades de hecho que existen entre los individuos y hacerlas excusa para alguna coerción discriminadora, es ya una violación a los términos básicos en los que se someten los hombres libres al gobierno".⁷²

Los postulados de valores materiales como igualdad y justicia son condenados como discriminación, vale decir, como intervención en el libre juego del mercado. Siendo la libertad individual el único principio moral, sólo el mercado asegura reglas de conducta justa. Desde el punto de vista de la racionalidad formal "la creación del mito de la 'justicia social' es sin duda principalmente el resultado de esta maquinaria democrática particular, que hace necesario para los representantes inventar una justificación moral de los beneficios que otorgan a intereses particulares".⁷³

Para los neoconservadores, la justicia no se refiere a los objetivos materiales de una acción sino exclusivamente a la obediencia a las reglas establecidas. Ignorando la compleja noción de justicia (reducida a la legalidad o *due process*) Hayek toma la remuneración como resultado "lógico" de la explotación y la explotación por una relación "natural".

"La utilidad social relativa de las diferentes actividades de cualquier persona (...) no es desafortunadamente un asunto de justicia sino el resultado de eventos que no pueden ser previstos o controlados".⁷⁴

La finalidad es "la completa eliminación del poder de la determinación de los ingresos relativos percibidos en el mercado",⁷⁵ es decir, la consolidación de las desigualdades sociales. Para evitar/frenar una transformación de la sociedad de acuerdo con los valores materiales compartidos por la mayoría, los neoconservadores propugnan una drástica restricción de la democracia. La democracia quedaría limitada al empleo de la "regla de mayoría" para establecer ciertas leyes generales (formales) y para cambiar pacíficamente de gobierno. La denominada "democracia limitada" no sería sino un procedimiento.

"Estrictamente hablando se refiere a un método o procedimiento para determinar las decisiones gubernativas y no se refiere a algún bien o propósito substancial de gobierno (tal como un tipo de igualdad material)".⁷⁶

Para eliminar el carácter igualitario de la democracia Hayek interpreta la democracia como un valor sólo negativo, cuya finalidad es evitar daños. Se trata, en palabras de Popper, de impedir que los gobernantes malos o incompetentes causen demasiado perjuicio. Esta interpretación conservadora de la democracia "está ahora siendo destruida por los esfuerzos de darle un contenido 'positivo'".⁷⁷ El ataque a las "leyes positivas" apunta a la posible transformación de las relaciones sociales existentes. Hayek no deja duda sobre el objetivo neoconservador: consolidar las estructuras de explotación y dominación capitalistas. En continuidad con la anterior tradición conservadora se propone derrotar toda tendencia igualitaria.

"En la medida en que sea legítimo que el gobierno use la fuerza para efectuar una redistribución de los beneficios materiales -y esto es la esencia del socialismo- no puede haber contención a los instintos rapaces de todos los grupos que quieren más para ellos".⁷⁸

Para hacer "imposible todas las medidas socialistas de redistribución" los neoconservadores luchan por: 1) desmantelar los servicios públicos de manera de dejar en el vacío a las demandas sociales y 2) desmontar la democracia de manera que no se puedan constituir sujetos que puedan modificar el orden capitalista. En otras palabras, hay que destruir el "estatismo" para que las masas no puedan escapar a la disciplina del mercado. Hay

que "descentralizar" el poder a fin de que el poder individual -la propiedad privada- no sea neutralizada por la organización de los desposeídos.

Este proyecto orienta la estrategia del gobierno chileno. No solamente privatiza las empresas económicas en manos del Estado. También traspasa los servicios públicos a la "iniciativa privada": la previsión social, los sistemas de salud, educación y vivienda social han de autofinanciarse o son entregados a capitales privados. Lo mismo ocurrirá con la movilización colectiva, el correo y las carreteras. "Privatizar" significa que el principio de la responsabilidad colectiva es reemplazado por el principio de la rentabilidad privada. El "derecho a la vida" *de todos* queda sometido a la "ley de la oferta y la demanda". La intervención estatal se limita a un asistencialismo *in extremis*: surgió y aumentó un solo servicio público en los últimos años -el Programa de Empleo Mínimo-. La desarticulación de la organización sindical es el motor de la política de descentralización. Más que el traspaso de hospitales y colegios a las municipalidades es la disolución de los colegios profesionales, la fragmentación de las universidades y la división de los sindicatos lo que caracteriza la descentralización (no del gobierno sino del pueblo).

¿Qué significado tiene entonces el llamado a un gobierno fuerte? La exaltación de la "mano dura" que hacen Thatcher o Reagan no es contraria a la concepción neo-conservadora del gobierno como poder negativo. Un gobierno fuerte es el que impone y hace respetar las leyes del mercado. Es fuerte el gobierno que resiste a las demandas populares, que no se deja doblegar por los intereses organizados. El autoritarismo de Pinochet es funcional a la "economía de mercado" a la Chicago, en tanto poder que niega las reivindicaciones tendientes a una redistribución dirigida de la riqueza social. La pérdida de autoridad que lamentaba Max Weber era la ausencia de dirección política sobre la organización burocrática (o sea la insuficiente mediación de racionalidad material y racionalidad formal). La pérdida de autoridad que intentan superar hoy los neo-conservadores es la pérdida de control sobre las demandas sociales (vale decir, la restricción de la racionalidad formal por postulados materiales).

En resumen: Weber no contrapone burocracia y mercado como dos principios irreconciliables, como lo hace Hayek. Tanto la organización burocrática como el mercado se orientan por el mismo principio de la racionalidad formal. La contradicción sería entre racionalidad formal y racionalidad material. Afrontar esta contradicción es, según Weber, la responsabilidad del político. Hayek y la "economía política" neoconservadora pretenden evitar el desgarramiento que implica la actividad política, sometiendo el proceso social al principio exclusivo de la racionalidad formal. Las leyes del mercado evitarían tener que decidir entre intereses materiales contrapuestos. Lo que cabe mostrar —en la obra del mismo Weber— es que el mercado no se gobierna por un cálculo formal unívoco. El funcionamiento de las leyes del mercado implica determinadas condiciones materiales. La presunta objetividad impersonal del mercado es pues ideología o -en términos neoconservadores- una utopía. No es factible una vida social sin decisiones equívocas (conflictivas) sobre postulados materiales, o sea, sin actividad política.

7. CONCLUSIÓN

Reconstruyendo históricamente el pensamiento neo-conservador notamos lo que tiene de conversión casi religiosa su ataque contra-revolucionario. Esta conversión burguesa, como toda conversión, opone a los males sociales del presente el retorno a los valores verdaderos. Restaurar el ideal perdido supone extirpar el pecado enquistado: matando al Mal resurge el Bien. El proyecto neoconservador se basa en un enfoque polar de tipo religioso: Bien-Mal, orden-caos, virtud-vicio, liberalismo-democracia, mercado-organización. A diferencia de la tríada dialéctica (donde *Aufhebung* implica ruptura y continuidad) el esquema neo-conservador contrapone dos mundos antagónicos, de los cuales uno por ser "necesario" para la salvación de la sociedad es el "verdadero".

La argumentación de lo necesario *y, por consiguiente*, verdadero, no invoca un acto de fe sino que recurre a criterios de cientificidad. En la tradición positivista antes señalada los neo-conservadores distinguen entre juicios de hechos y juicios de valor y restringen la ciencia a los juicios sobre hechos. En palabras de Max Weber: "Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué *debe* hacer sino únicamente qué *puede* hacer y, en ciertas circunstancias, qué *quiere*".⁷⁹

Ahora bien, como muestra Hinkelammert,⁸⁰ el mismo análisis de Weber acerca de lo que se puede hacer o no se puede hacer implica un juicio valorativo acerca de lo que se debe hacer. La afirmación científica de que algo no es factible contiene la conclusión política de que no se debe hacer. Análogo a este enfoque, el análisis neoconservador afirma que el socialismo (en sentido lato) no es factible. Vale decir, lo denuncia como una utopía, que al querer ser realizada conduce al caos. La libertad personal, al contrario, sí puede ser realizada en el mercado y, por tanto, debe organizarse la sociedad de acuerdo con este principio.

La soberanía popular y la voluntad general serían utopías, dicen los neo-conservadores, porque la desigualdad entre los individuos es un hecho. No siendo los individuos iguales no tendrían intereses materiales comunes. Y tampoco habría modo de traducir las diferentes preferencias particulares en una decisión colectiva. Por

consiguiente, no sería posible determinar positivamente los objetivos de la sociedad. Milton Friedman habla de una "mano invisible" en la política que opera en dirección opuesta a la del mercado.

"Individuos que intentan promover solamente el interés general son guiados por la mano política invisible a promover un interés particular que ellos no tenían intención de promover".⁸¹

Aunque Hayek admite que un 90% de la población de las democracias occidentales es hoy socialista en tanto cree en algún tipo de "justicia social" a ser alcanzada a través del uso del poder gubernamental,⁸² toma la justicia social por una utopía. No habiendo un criterio absoluto de justicia, toda satisfacción de un interés lesiona otro interés. En conclusión, toda ley positiva (atingente a intereses materiales) es arbitraria y, por ende, coercitiva.

El intento de realizar la utopía igualitaria de decidir políticamente las condiciones materiales de vida provoca el caos: el socialismo estatizante. La existencia de intereses organizados que (formando mayoría parlamentaria) exigen una redistribución de los beneficios materiales implica un estatismo cuyo objetivo sería el "reparto de fondos arrebatados a una minoría".⁸³ Al limitar la iniciativa privada, el estatismo destruye "el único principio moral que ha hecho posible el desarrollo de una civilización avanzada".

El ataque al estatismo apunta, en el fondo, a toda actividad política. Se impugna la existencia misma de la política en tanto poder de disposición sobre las condiciones sociales. Reaparece la clásica posición anti-política del liberalismo, pero ahora bajo disfraz tecnocrático. La pugna de voluntades colectivas es reprimida en nombre de un juicio técnico unívoco: la racionalidad formal. Solamente el cálculo formal permite definir lo que se *puede* hacer. Y de ese juicio de factibilidad se deduce lo que se *debe* hacer. La falacia del pensamiento neoconservador consiste en tomar la racionalidad formal por un juicio valorativamente neutral. Vale decir, en contraponer el mercado como "imperativo técnico" a la democracia como decisión equívoca sobre valores.

La racionalidad formal del mercado sería un juicio de hechos, referido exclusivamente a la asignación óptima de los recursos, independientemente de la decisión valorativa sobre los objetivos de la acción. Las leyes del mercado serían reglas objetivas que no consideran ningún postulado de valores materiales. De hecho, sin embargo, el mismo Weber acepta que el *cálculo formal*, particularmente el cálculo de dinero o de capital, está unido a *condiciones materiales*.

En efecto, las leyes "impersonales" del mercado suponen que 1) "los precios en dinero son producto de lucha y compromiso; por tanto, resultados de la constelación de poder"; 2) "el cálculo riguroso del capital está, además, vinculado socialmente a la disciplina de explotación y a la apropiación de los medios de producción materiales, o sea a la existencia de una relación de dominación" y 3) "sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo la racionalidad formal sobre el modo del abastecimiento material".⁸⁴ Hay pues, según Weber, valores implícitos al funcionamiento "objetivo" del mercado: la lucha de intereses, las relaciones capitalistas de producción, la distribución de los bienes según el poder adquisitivo de cada cual. Es en estas condiciones materiales que el cálculo formal resulta indiferente a los postulados materiales de los diferentes grupos sociales.

La libertad del mercado es únicamente una libertad de competencia que asegura la libertad individual sólo en términos jurídicos. La racionalidad formal "no dice en sí nada sobre la distribución de los bienes naturales",⁸⁵ o sea que no concierne a las condiciones materiales de vida de cada individuo. El mercado niega la subjetividad; la famosa *libertad personal* no es más que la *iniciativa privada*. Como bien dice Max Weber: "La comunidad del mercado, en cuanto tal, es la relación práctica de vida más impersonal en la que los hombres pueden entrar. No porque el mercado suponga una lucha entre partícipes (...) sino porque es específicamente objetivo, orientado exclusivamente por el interés en los bienes de cambio. Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad, no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas originarias portadas por las comunidades de carácter personal".⁸⁶

Invocando esta impersonalidad (despersonalización) los neoconservadores pueden negar los postulados de igualdad material en tanto subjetivos y -¡por tanto!- coercitivos y, a la vez, afirmar en nombre de la ciencia los valores cuyo cumplimiento es condición necesaria para que funcione el mercado. En nombre de un principio universalista, la racionalidad formal, se reprime la lucha por una universalidad real: la vida de todos.

No obstante su anti-utopismo declarado, el proyecto neo-conservador propone una utopía. Su noción de libertad supone que todas las relaciones sociales se rigen únicamente por una racionalidad formal. Sólo en este caso es responsabilidad exclusiva (libertad) del individuo decidir las condiciones materiales de su vida. Si la sociedad es totalmente transparente (si el cálculo formal es la Ley) se vuelve obsoleta la actividad política. La política desaparece con la formalización total de todas las relaciones sociales (el totalitarismo de la racionalidad formal).

A partir de ese horizonte utópico el proyecto neo-conservador redefine la situación presente como una transición. Aun es necesaria la política; pero reinterpretada en función de la utopía. ¿Cómo desarrollar una concepción positiva de la política en función de su extinción final? El pensamiento neoconservador enfrenta la misma dificultad que el pensamiento marxista. Tiene una concepción solamente instrumental: *la política como normalización del mercado*. "Normalizar" significa defender la iniciativa privada contra las decisiones

colectivas. Con lo cual se privatiza la misma política. "Hacer política" sería la adaptación individual al movimiento del mercado. La voluntad colectiva es reemplazada por la opinión pública: el derecho de cada individuo a disponer de igual información de modo de poder calcular sus preferencias individuales. Ya no se trata de *decidir* colectivamente sobre los objetivos sociales sino de *adecuar individualmente* las preferencias al mercado.

El mercado dispone sobre el individuo. Para que el mercado funcione como tal autoridad impersonal es indispensable que los valores intrínsecos sean aceptados como condiciones *técnicamente necesarias*. De ahí, la reinterpretación fundamentalmente negativa de la política. A diferencia de los antiguos conservadores, los nuevos no buscan movilizar un apoyo popular para determinados valores materiales. Pretenden, al contrario, neutralizar toda confrontación político-ideológica a fin de "funcionalizar" todas las relaciones sociales en un "sistema" —el mercado— desvinculado de cualquier disputa sobre el sentido de la convivencia social. El proyecto neo-conservador construye su hegemonía sobre la base de dispositivos fácticos y conquista una "dirección moral e intelectual" justamente en la medida en que cesa la actividad política. En tanto cuestiona las condiciones materiales implícitas en las leyes de mercado, la política es denigrada como "demagogia" y anatematizada como "subversión". La desorganización de los partidos, de las movilizaciones masivas y de los debates públicos no son pues "medidas de emergencia" sino elementos constitutivos del proyecto neo-conservador.

Entendiendo por democracia la disposición sobre las condiciones materiales de vida y, por ende, un control sobre el mercado, los neo-conservadores son anti-democráticos. Las leyes del mercado sólo aparecen como "leyes naturales" o "imperativos técnicos" cuando se elimina la pretensión democrática de determinar colectivamente las necesidades sociales. La preocupación por "¿quién gobierna?" no apunta solamente a un procedimiento para cambiar pacíficamente de gobierno. Conciérne al mando sobre la producción material de la vida. En esta tradición, democracia significa la constitución de la sociedad en sujeto que decide su destino. "Deshacernos de la ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad" (Hayek) es deshacernos de la democracia.

¹ Ritter, Gerhard, *El problema ético del poder*, Revista de Occidente. Madrid 1972. Ver especialmente el capítulo 4 "Esencia y transformaciones de la idea de libertad en el pensamiento político de la Edad Moderna", publicado originalmente en 1947. Como antiguo profesor de la Universidad de Friburgo Ritter comparte la filosofía neoliberal de la "Escuela de Friburgo" a la que también pertenece Hayek. Las citas son de págs. 124 y 136.

² Hayek, Friedrich. "El ideal democrático y la contención del poder", en *Libertad y Leviatán*, núm. 1, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, diciembre, 1980, págs. 46 y 73.

³ Fontaine Aldunate, Arturo. "Más allá del Leviatán", en *Libertad y Leviatán*, núm. 1, 1980.

⁴ Idem, págs. 123 y sigs.

⁵ Idem, Pág. 124.

⁶ Idem, Pág. 124.

⁷ Idem, Pág. 135.

⁸ Idem, Pág. 136.

⁹ Idem, Pág. 127.

¹⁰ Idem, Pág. 123.

¹¹ Idem, Pág. 134.

¹² Idem, Pág. 138.

¹³ Huntington, Samuel, en Crozier, Huntington, Watanuki. *The Crisis of Democracy*, New York University Press, 1975.

¹⁴ Fontaine, Arturo, ob. cit., Pág. 139.

¹⁵ Idem, Pág. 141.

¹⁶ Idem, Pág. 138.

¹⁷ Idem, Pág. 145.

¹⁸ Idem, Pág. 126.

¹⁹ Idem, Pág. 127.

²⁰ *The Observer* del 31/8/1980.

²¹ Fontaine, Arturo, ob. cit., Pág. 136.

²² Macpherson, C. B., *La teoría política del individualismo posesivo*, Ed. Península, Barcelona, 1970.

²³ Marx-Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. Grijalbo, México, 1970, Pág. 26.

²⁴ Ritter, Gerard, ob. cit., Pág. 126.

²⁵ Idem, Pág. 136.

²⁶ Idem, Pág. 123.

²⁷ Idem, Pág. 138.

²⁸ Idem, Pág. 138.

²⁹ Idem, Pág. 143.

³⁰ Idem, Pág. 141 y sigs.

- ³¹ Dejo constancia de mi gran deuda con Wolin, Sheldon, *Política y perspectiva*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- ³² Sennett, Richard, *El declive del hombre público*, Ed. Península, Barcelona, 1978.
- ³³ La literatura moderna sobre el hombre-masa y la sociedad-masa data de Ortega y Gasset (*La rebelión de las masas*, 1929) y Karl Mannheim (*Hombre y sociedad*, 1935). El pensamiento neoconservador continúa una reflexión madura en las obras de Rieman (*The Lonely Crowd*, 1950), Nisbet (*The Quest for Community*, 1953), Kornhauser (*The politics of Mass Society*, 1959), Ben (*The End of Ideology*, 1961) y Shils (*The Theory of Mass Society*, 1962) para nombrar sólo algunos "clásicos". Una revisión crítica se encontrará en Salvador Giner: *Sociedad masa*, Ed. Península, Barcelona, 1979.
- ³⁴ La obra clave sigue siendo Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964 (2da. ed.).
- ³⁵ Citado por Wolin, ob. cit., Pág. 375.
- ³⁶ Citado por Wolin, ob. cit. Pág. 429 y sigs.
- ³⁷ Citado por Wolin, ob. cit., Pág. 436.
- ³⁸ Citado por Wolin, ob. cit., Pág. 434.
- ³⁹ Ritter, G., ob. cit., págs. 130 y sigs.
- ⁴⁰ En la amalgama del viejo y del nuevo conservadorismo hay que tener en cuenta la influencia de la Iglesia Católica bajo Juan Pablo II.
- ⁴¹ Cf. Wolin, ob. cit., Pág. 428.
- ⁴² Por ejemplo. Wolff, R. P., *In Defense of Anarchism*, Nueva York. 1970.
- ⁴³ Cfr. Buchanan y Tullock, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, 1962; y Downs. Anthony. *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, 1957.
- ⁴⁴ Weber, M. ob. cit., Pág. 178.
- ⁴⁵ Huntington. Samuel, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, 1968, págs. 31 y 461.
- ⁴⁶ Weber, M., ob. cit.
- ⁴⁷ Citado por Wolin, S., ob. cit., Pág. 404.
- ⁴⁸ Durkheim citado por Wolin, S., ob. cit., Pág. 406.
- ⁴⁹ Marx, K., *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, tomo I. Pág. 44.
- ⁵⁰ Idem, tomo III, Pág. 759.
- ⁵¹ Wolin, S., ob. cit., Pág. 385.
- ⁵² Letelier, Valentin (1852-1919), *De la ciencia política en Chile y de la necesidad de su enseñanza*, Santiago de Chile, 1886.
- ⁵³ Citado por Wolin, S., ob. cit., Pág. 408 y sigs.
- ⁵⁴ Gullick & Urwick, *Ensayos sobre la ciencia de la administración*, ESAPAC Costa Rica.
- ⁵⁵ Hayek, F., ob. cit., Pág. 74.
- ⁵⁶ Idem, Pág. 75.
- ⁵⁷ Idem, Pág. 72.
- ⁵⁸ Citado por Wolin, S., ob. cit., Pág. 421.
- ⁵⁹ Hayek, F., ob. cit., Pág. 42.
- ⁶⁰ Weber. M., ob. cit., Pág. 180.
- ⁶¹ Idem, Pág. 178 y sigs.
- ⁶² Idem, Pág. 83.
- ⁶³ Idem, Pág. 735 y sigs.
- ⁶⁴ Idem, Pág. 741.
- ⁶⁵ Idem, pág. 1072.
- ⁶⁶ Idem, Pág. 1074.
- ⁶⁷ Idem, Pág. 1075.
- ⁶⁸ Idem, Pág. 746.
- ⁶⁹ Muller-Plantenberg, Urs, "El posible significado histórico-político de la tercera gran depresión", ponencia presentada en el seminario "La crisis económica mundial y su impacto en América Latina", CENDES, Caracas, abril 1981.
- ^{69bis} Respecto a la democracia como negociación política sobre intereses materiales ver Adam Przeworski: "*Compromiso de clases y estado*", en Lochner (compilador), *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981.
- ⁷⁰ Hayek, F., ob. cit., Pág. 14.
- ⁷¹ Idem, Pág. 38.
- ⁷² Idem. Pág. 64.
- ⁷³ Idem, Pág. 34.
- ⁷⁴ Idem, Pág. 63.
- ⁷⁵ Idem, Pág. 63.
- ⁷⁶ Idem, Pág. 27 y sigs.
- ⁷⁷ Idem, Pág. 53.
- ⁷⁸ Idem, Pág. 72.
- ⁷⁹ Weber. Max. *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Ed., Pág. 44.
- ⁸⁰ Hinkelammert, Franz, "La metodología de Max Weber y la derivación de estructuras de valores en nombre de la ciencia", en Hoyos, G. (compilador), *Epistemología y política*, CINEP, Bogota, 1980.
- ⁸¹ Friedman, Milton y Rose, "*La corriente se revierte*", en *Libertad y Leviatán*, núm. 1. 1980, Pág. 171.
- ⁸² Hayek, F., ob. cit., Pág. 57.

⁸³ Idem, Pág. 33.

⁸⁴ Weber, M., ob. cit., Pág. 82 y sigs.

⁸⁵ Idem, Pág. 83.

⁸⁶ Idem, Pág. 494.